



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Cuba y el Nuevo Mundo

Autor: García Luis, Julio

Forma sugerida de citar: García, J. (1988). Cuba y el Nuevo Mundo. *Cuadernos Americanos*, 5(11), 123-126.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año II, núm. 11, (septiembre-octubre de 1988).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUBA Y EL NUEVO MUNDO

Por *Julio* GARCÍA LUIS
PRESIDENTE DE LA UNIÓN DE
PERIODISTAS DE CUBA

ESTIMADOS COLEGAS y amigos:

Esto que les contaré ocurrió en La Habana el pasado 16 de abril. Ese día quedaron abiertas las áreas restauradas del semibaluarte de San Lorenzo, en la fortaleza de San Carlos de la Cabaña, con las cuales se da un nuevo paso hacia el momento en que el antiguo sistema de defensa de la ciudad, uno de los más extraordinarios monumentos a la presencia de España en América, recobrará su auténtico esplendor. Lo que vimos allí es un avance de lo que verán los habaneros y nuestros visitantes en 1992, al cumplirse el medio milenio de la llegada de Cristóbal Colón a tierras americanas.

Pasadas las diez de la mañana, artilleros vestidos a la usanza del ejército español de fines del siglo XVIII, dispararon la primera salva desde el cañón "La Parca", una pieza sevillana investida de nombre y de grado militar, según era rigor en la época. Al pie de las altas murallas rojas, en el canal de la bahía, se hizo a la mar en aquellos momentos la carabela "San Carlos", con la cruz de los Reyes Católicos en su vela mayor. La vecina fortaleza de Los Tres Reyes del Morro rindió honores con las banderas desplegadas al paso del navío, mientras disparaban a intervalos los cañones de la batería de La Pastora, estremeciendo la ciudad a intramuros. Y de este modo, La Habana festejó un nuevo aniversario, el vigésimo séptimo, de la proclamación del rumbo socialista de la Revolución cubana, aquel hecho acontecido en instantes cruciales y épicos que nuestro pueblo recuerda con profunda emoción.

Les relato esto, amigos, porque allí estaba todo el sentido de cómo los cubanos avistamos la gran fecha cuya cercanía hoy nos convoca.

De lo hispano a lo cubano, de lo cubano a lo latinoamericano y a lo universal: ésa es nuestra vocación. Lo ejemplifica en nuestra

historia la figura de José Martí, nacido de sangre valenciana y canaria, en cuya creación literaria —voz nueva y originalísima—, revolucionadora de las letras españolas—, sigue latiendo la herencia de Gracián, Quevedo y Santa Teresa, y en cuya voluntad de independencia cobra nuevo aliento y profundidad política, sin precedentes para la América Latina del siglo XIX, la tradición de rebeldía y amor a la libertad de los pueblos de España.

Así pues, la certeza de nuestra hispanidad entrañable la levantamos hoy con orgullo, como raíz de nuestro carácter nacional, de nuestra lengua, de nuestra cultura, como esencia depurada de un pasado que vale, justamente, porque fue trascendido, porque dio origen al mestizaje de pieles y de almas de una nueva comunidad humana, y porque nos condujo en definitiva a labrar nuestra propia identidad y a afirmarla con pasión y bravura.

Comprendemos la historia. Valoramos en su dimensión excepcional lo que significó para la humanidad el arribo a nuestras tierras del hombre europeo. Aquél fue un acontecimiento revolucionador en el conocimiento del planeta. En realidad, abrió el camino del mundo, impulsó la ciencia, introdujo cambios irreversibles en el desarrollo económico y social y colocó al hombre de su tiempo, mutilado por el oscurantismo y la ignorancia, en la larga y áspera senda de su plena realización.

Como otros hechos trascendentales, aquél fue también el inicio de un drama histórico, lleno de contradicciones y tragedias.

Podemos hoy entender, pero no glorificar, la crueldad y la opresión de siglos pasados, porque vivimos todavía en un mundo donde hay demasiada crueldad y demasiada opresión. No justificamos ni idealizamos el dolor y el despotismo coloniales. Justificamos, sí, a los que se rebelaron contra ellos, a los que lucharon y nos dieron la sustancia más profunda que aquellos cuatro siglos grabaron para siempre en nuestra vida.

Hubo dos Españas en nuestra tierra. Nosotros amamos sobre todo, aquella de la que nos habló el poeta, "la España de la rabia y de la idea", la de la invencible esperanza a bordo de los barcos de emigrantes, la que nos enseñó el valor del trabajo tenaz, la de la rebeldía y el ansia de libertad, la del generoso desprendimiento y el gesto altivo. Ésa sigue con nosotros, ésa nos acompañó en las horas difíciles de la Revolución, cuando una isla pequeña y pobre desafió al imperio más poderoso de la tierra. Esa estuvo en el fondo de nuestras pupilas el día que miramos sin inmutarnos a los ojos de la muerte atómica. Ésa anidó en el corazón del hombre que proclamó que volvía a sentir bajo sus talones el costillar de Rocinante y que tornaba al camino con la adarga al brazo. Ésa

late ahora mismo, en estos precisos instantes en que les hablo, en algún distante e inhóspito paraje africano, donde decenas de miles de hijos de nuestra tierra, descendientes de España y de África, de Cuba y de América, ante un mundo mal informado y a menudo manipulado que ignora su hazaña, están cerrándoles el paso a los racistas de Sudáfrica y contribuyen así a garantizar la libertad de un pueblo y el futuro de un continente.

Ésta es sin duda la raíz de nuestra peculiar relación emocional e histórica con España, sobre la cual tendremos oportunidad de reflexionar en la cercanía del Quinto Centenario.

Para la experiencia europea será tal vez difícil entender que dos países que durante años contendieron a muerte y se desangraron en los campos de batalla no alberguen hoy ni resquemores, ni odios, ni prejuicios. Quizás esto se explique en razón de nuestra idiosincrasia común, o a causa de que ambos fuimos derrotados al final del camino: España, porque perdió su colonia; Cuba, porque perdió la independencia que aspiraba a conquistar. O quizás por algo todavía más profundo, y es porque seguimos viviendo juntos, leyendo la misma literatura, disfrutando la música, compartiendo dificultades, luchas y aspiraciones.

No hay que extrañarse de que cuando en Cuba, a mediados de la década del treinta, los sueños de libertad y cambio quedaron aplazados y sepultados bajo la tiranía, los revolucionarios cubanos, con la mayor naturalidad, continuaron en España la tarea que no podían seguir adelante en su propia tierra. No hay que extrañarse siquiera de que la España anterior a la apertura democrática permanciera ajena al bloqueo y demás intentos de Estados Unidos por doblegar a Cuba. Creemos, por eso, en la posibilidad de diálogo y de una relación contemporánea mucho más madura y mutuamente enriquecedora entre España y nuestros pueblos latinoamericanos.

Pensamos sinceramente que el suceso magno del medio milenio debería llegar en el engarce de una comunidad de pueblos diversa en su personalidad, pero unida en sus raíces culturales e históricas, y unida, todavía más, en la colaboración eficaz en favor del desarrollo, en la comprensión de los acuciantes problemas de un continente agobiado por el peso de la deuda externa y otros tremendos problemas económicos, un continente que quiere resolver sus conflictos por sí mismo, pacíficamente y sin la brutal ingerencia de sus enemigos de siempre. Un continente, en fin, que sea capaz de la solidaridad entre gobiernos y pueblos, para rechazar conjuras como las que hoy se alzan contra Panamá, para impedir que un pueblo heroico como el de Nicaragua sea des-

truido y para defender el derecho de nuestros países a ocupar un lugar digno en el mundo del futuro.

Esa idea, estimados colegas, tendrá siempre el calor y el respaldo de los periodistas cubanos. Por eso felicitamos la generosa iniciativa de este Seminario Iberoamericano. Por eso la recibimos como prueba de una voluntad unitaria, que compromete nuestros mejores sentimientos de amistad y fraternidad.

Muchas gracias.